

Galería de escritores imaginarios

Jesús Marchamalo García

En 1926, la editorial Claridad publicó en Argentina un curioso libro de poemas, *Versos de una...*, firmado por Clara Beter, una prostituta porteña dotada de un excepcional talento poético. El libro gozó casi desde el primer momento de un inesperado éxito; agotó una edición tras otra y circularon leyendas sobre fabulosas cifras de ventas, que alcanzaron decenas de miles de ejemplares. En los periódicos, no sólo en los argentinos sino también en los de Montevideo y Lima, se publicaron multitud de reseñas y críticas elogiosas, y la popularidad del libro, y por ende de la autora, creció como la espuma.

Sin embargo, Clara Beter no aparecía. Ignoraba las ofertas de entrevistas que llegaban a la editorial desde todos los rincones del país, y ni siquiera los periodistas enviados a la pensión de la calle Estanislao Zeballos, en Rosario, donde supuestamente se hospedaba, consiguieron dar con ella. Se contó que se había refugiado del éxito en Buenos Aires y durante un tiempo se pensó que la escurridiza autora pretendía preservar su intimidad. Todo se complicó definitivamente cuando diversos colectivos sociales iniciaron una campaña para salvar a la escritora del mundo de marginación en el que supuestamente se movía. Cuando semanas más tarde el poeta Carlos Serfaty presentó *Versos de una...* al premio municipal de ese año con el nombre de César Tiempo se hicieron públicas las sospechas que recorrían los mentideros literarios: Clara Beter no existía.

César Tiempo, pseudónimo a su vez de un jovencísimo Israel Zeitlin (tenía entonces veinte años), se vio obligado a reconocerse autor del libro: «El prostituto era yo», afirmó en medio de un escándalo considerable, tras defender que se había tratado de un simple juego literario. Los críticos quedaron sorprendidos al conocer la autoría del libro y hubo quien, como Elías Castelnuovo, que lo había prologado, publicó un airado artículo en el que aseguraba haberse sentido estafado.

El libro, tras el descubrimiento del engaño, fue cayendo en el olvido, y durante años fue imposible encontrarlo ni siquiera en bibliotecas públicas. En 1977 la editorial Rescate de Buenos Aires hizo una reedición convertida de inmediato en curiosidad de iniciados.

El caso de Clara Beter, con ser uno de los más interesantes, dada la repercusión que tuvo y la personalidad del autor, no es ni mucho menos excepcional. A lo largo de la historia de la literatura han sido frecuentes los juegos e imposturas tras los que un buen número de escritores han pretendido ir más allá de la ficción literaria; desde los catálogos de libros inexistentes –hubo uno, el Fortsas, publicado en 1840 con una descripción de cincuenta y dos libros inventados–; hasta supuestas traducciones – Próspero Merimée atribuyó sus primeros dramas a una autora española, Clara Gazul, a la que afirmó haber traducido–; o las biografías de personajes imaginarios, como el Josep Torres Campalans, de Max Aub, un pintor apócrifo exiliado y amigo, entre otros, de Picasso.

María Ecín

Volviendo a los pseudónimos, encontramos multitud de autores que en un momento u otro de su vida han utilizado un nombre ficticio para publicar su obra. Julio Cortázar firmó un poemario como Julio Denis; Antonio Machado atribuyó ciertos poemas propios a Abel Martín; Ramón Gómez de la Serna firmó su libro *Tapices* como Tristán... En muchos casos la elección del pseudónimo responde a un mero capricho del autor, que intenta encontrar un nombre más apetecido que el propio, al que acaba eclipsando. Pablo Neruda, por ejemplo, a quien cuesta reconocer tras su verdadero nombre, Eliécer Nefatí Reyes; Azorín, pseudónimo de José Martínez Ruiz, que figuraba en la guía de teléfonos, e incluso en el buzón de su casa, o León Felipe, que abandonó su verdadera identidad, Felipe Camino, con los primeros versos.

En otros casos, se utiliza un nombre inventado para esconder, por diversos motivos, la personalidad del autor. La escritora Mercedes Salisachs firmó con pseudónimo sus dos primeros libros; su familia era muy conocida en Cataluña, y le molestaba la idea de que se pudiera juzgar su obra por su apellido. Su primer libro, *Foehn*, editado en 1948, lo firmó como A. Dan, y *Primera mañana, última mañana*, como María Ecín. «Decidí deformar uno de mis apellidos, Deassin, y de ahí surgió el supuesto nombre de la autora», recuerda ahora la escritora. «El libro tuvo muy buenas críticas y recibí ofertas de algunas editoriales. A partir de ahí me decidí a firmar con mi nombre, y de hecho en la segunda edición apareció ya Mercedes Salisachs en cubierta».

Ocurre en ocasiones que en la elección del pseudónimo, el autor acostumbra a dejar claves y pistas que permiten rastrear su identidad, al menos en

un círculo de conocidos. En algunos casos aparece en el libro no como autor, pero sí como traductor o compilador; en otros se utilizan segundos nombres o apellidos maternos, o se modifican los propios para hacerlos irreconocibles.

En la España de los años cuarenta se vivió un curioso fenómeno que obligó a extranjerizar sus nombres a muchos autores de novelas románticas o de aventuras; los productos que venían del mercado americano tenían una mayor aceptación entre los lectores, y los editores preferían nombres que sonaran remotamente exóticos. Así, Agustín Elías firmaba como Elias Austin; Pedro Debrigorde como Peter Debry, y Eduardo Guzmán, un escritor y periodista condenado a muerte por su filiación republicana, disfrutó de un cómodo anonimato tras el seudónimo Edward Goodman. Idéntico anonimato, aunque por diferente motivo, buscaron en su momento reconocidas escritoras, obligadas a ocultar su identidad tras nombres masculinos –Fernán Caballero, George Sand–, en un momento en que la literatura femenina no gozaba de la debida reputación.

Gregorio Martínez Sierra

Sin duda no fue este el motivo de María Lejárraga, a quien se le atribuye la autoría de una gran parte de la obra publicada por su marido, el dramaturgo y novelista Gregorio Martínez Sierra, fundador junto con Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala de las revistas *Helios* y *Renacimiento*, y más tarde director de la editorial del mismo nombre.

Nacida en San Millán de la Cogolla el 28 de diciembre de 1874, Lejárraga se trasladó a Madrid con su familia en los primeros años 80. Disfrutó de una educación liberal en un contexto familiar culturalmente estimulante, de modo que cuando en 1897 Gregorio Martínez Sierra y ella se hicieron amigos, María, unos años mayor, era ya profesora de francés, y hablaba también italiano e inglés. Enseguida iniciaron una fructífera colaboración literaria, y poco más tarde, para sorpresa de familiares y amigos, contrajeron matrimonio. Entre sus obras más conocidas cabe citar *Tú eres la paz* y *Canción de cuna*, historia llevada al cine por José Luis Garci. Nunca se ha sabido a ciencia cierta qué alcance tuvo la colaboración entre María y Gregorio, aunque diversos estudiosos afirman que las obras estaban prácticamente todas escritas por María Lejárraga, si bien su marido intervenía en la trama o planificación de las mismas. Margarita Lejárraga, sobrina de la escritora, con la que convivió unos años en Francia durante la guerra civil, dice: «Existe una declaración firmada en 1930 en la que Martínez Sierra

reconoce ante testigos la coautoría de María Lejárraga en toda su producción literaria. Y también son muy ilustrativas en este sentido las más de 150 cartas que dirige a su mujer, desde distintos lugares donde estaba con la compañía de teatro, en las que le solicita el envío urgente de artículos, textos para conferencias o actos y añadidos que faltaban a las obras que estaba ensayando».

La colaboración entre María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra no se interrumpiría ni siquiera con la separación del matrimonio, cuando Gregorio conoció a la actriz cubana Catalina Bárcena, con quien trabajó intensamente en el montaje de sus obras y con la que acabaría casándose. Todo parece indicar que Martínez Sierra terminó por dedicarse casi en exclusiva a la dirección teatral, con frecuentes giras y viajes, y que dejó en manos de María Lejárraga la redacción de sus obras. De hecho, cuando se separaron definitivamente tras la guerra civil, él no volvió a escribir, mientras que María Lejárraga publicó cinco obras que firmó como María Martínez Sierra.

El porqué incluso desaparecido su marido –Martínez Sierra, tras vivir exiliado en Buenos Aires, regresó a Madrid en septiembre de 1941, donde murió de cáncer un mes más tarde– siguió negándose a firmar con su nombre es algo que se desconoce. Mujer independiente, liberal, feminista, que llegó a ser diputada socialista en las Cortes republicanas y agregada comercial en Suiza, se mantuvo siempre fiel a su acuerdo con Gregorio. El caso Lejárraga es difícil de catalogar. Es evidente que no se trata de un pseudónimo sino de una suerte de figura literaria inexistente con nombre real: Gregorio Martínez Sierra, al menos en su faceta como escritor, es un personaje suma de su propio trabajo y del de su mujer María.

Nicolás Wilcox

En otras ocasiones el juego literario llega aún más lejos. No sólo se inventa un nombre que oculta el propio sino que se crea una personalidad completa y creíble a la que se acompaña de todo tipo de datos biográficos. Uno de los casos más espectaculares de heterónimos es el del poeta Fernando Pessoa, quien ideó una larga serie de personalidades diferentes, seres imaginarios con caracteres y estilo propios, a quienes atribuyó la mayor parte de su obra: Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Bernardo Soares, Antonio Mora...

En España también tenemos algún ejemplo. En 1998, la editorial Planeta publicó el libro *La lápida templaria*, firmado por Nicolás Wilcox. En la